

RAFAEL VALENZUELA JURADO

AÑOS DE PICÓN Y DITAS

**POSADAS, ALREDEDORES DE LA FUENTE
MIL NOVECIENTOS SESENTA Y TANTOS
MIL NOVECIENTOS SETENTA Y POCOS**



SÉNECA
EDITORIAL

*A mis padres, Rafael y María, que se sacrificaron por mi futuro
A mis hijos, Rafael y María, porque ellos son el futuro.
A mi mujer, María, por ser mi presente*

*Y a todas las personas y familias que directa o indirectamente
forman parte de este relato y me ayudaron a ser lo que soy sin
olvidar lo que fui*

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
EN AQUELLOS AÑOS.....	15
ENTRE LA CANDELARIA Y SANTIAGO.....	21
CAL Y CARACOLES.....	27
TARDES DE CALOR, DITERO Y PATIO.....	33
VERANOS DE ALBERCAS, ARROYOS Y RÍOS.....	39
PASEOS DE DOMINGO.....	43
DÍAS DE COLEGIO Y EMIGRACIÓN.....	47
BARBEROS, SILLEROS, LATONEROS.....	57
EL PICÓN.....	67
ALÚAS, PAJARITOS Y ESPÁRRAGOS.....	71
DE MOÑOS Y LUTOS.....	77
LOS PRIMEROS GRIFOS, LAS ÚLTIMAS LAVANDERAS.....	81
HACIA LOS SETENTA.....	85
GALERÍA DE IMÁGENES.....	93
AGRADECIMIENTOS.....	123



PRÓLOGO

Nada más recibir el texto, el título ya me atrajo y me despertó un cúmulo de recuerdos; recuerdos que aumentaron, página tras página, durante su lectura. Y es que estaba, al tiempo que Rafael desgranaba sus recuerdos y vivencias, rememorando grandemente mi propia infancia y pubertad, como las de él, también vividas en Posadas.

Se me agolpaban recuerdos e imágenes, incluso olores, sabores, texturas... Y es que de los años de nuestra infancia y pubertad ya nadie nos libra.

Pero es que además, con su lectura, iba refrescando un vocabulario, expresiones y giros del hablar maleno que creía tener olvidados a fuerza de no usarlos, que la distancia y el tiempo marcan. Y es que la memoria, quiérase o no, a menudo, es ingrata y traicionera.

He rememorado también al compás de la lectura hábitos, costumbres y celebraciones que ya no son... Me he visto, ¡ay!, jugando al boli toca, a las bolas, con los rompes..., andando las calles de Posadas, bajando a la Fuente, yendo al Paseo las tardes de los domingos..., subiendo a pasear a la Sierrezuela... Me ha parecido oír los sones de las cornetas y tambores de los soldaditos ensayando para cuando la Semana Santa... Nostalgia, pura nostalgia por un tiempo que se nos fue.

¿Qué maleno, o andaluz por extensión, que haya vivido en aquellos años que se recuerdan, que vivió en la Andalucía del paro, de la explotación y de la emigración de tan dolorosas y largas consecuencias no se encontrará retratado en los recuerdos recogidos en estas páginas? ¿Quién no tiene a alguien de su familia desperdigado por esos mundos de dios, que haya tenido que buscarse la vida lejos de sus gentes y sus cosas? Pocos, muy pocos, estoy seguro, acaso ninguno.

El tiempo no se puede detener aunque te queda la riqueza, el bagaje, de haberlo vivido y el regusto del recuerdo. Poder rememorar lo vivido, aún lo sufrido, las penas, es algo impagable porque, a fin de cuentas, sabes que hay muchas personas que lo vivieron y hoy no lo pueden recordar.

El cuadro general de estas memorias habla de una existencia de penurias, escaseces, esfuerzos... pero también de superaciones.

En su fluir, el texto va revelando la auténtica personalidad de quien lo escribe, es la revelación de cada ser. No puede fingir la palabra escrita lo que no contiene su dueño... Al leer es posible penetrar en lo íntimo de quien lo ha escrito.

Me imagino a Rafael fijando el recuerdo, negro sobre blanco, con dulce nostalgia, una sonrisa en los labios. La infancia, al fin, son nuestros años dorados.

Y la recordamos ¡ay! con una falta absoluta de malicia, sin un ápice de rencor por muchas que fueran las carencias con las que la hubiésemos vivido. Los niños

pobres son tan felices como los ricos. No pueden añorar una forma de bienestar que no conocen.

La vida de un hombre es lo que él cree que ha sido. Debería añadir que los hombres son soberanos a la hora de atribuir un orden a sus vidas.

Ya para acabar, porque de justicia lo creo, una confesión rendida y sincera: la obra que te dispones a leer, amigo lector, me hubiese gustado haberla escrito en lugar de prologarla aunque, claro está, lo haya hecho muy grata y gustosamente.

FRANCISCO HIDALGO GÓMEZ



EN AQUELLOS AÑOS

De pequeño, cuando chico que se dice por mi tierra, esta tierra a la que he consagrado mi vida, recuerdo que me gustaba jugar con el agua de la Fuente. Intentaba con mi minúscula mano taponar los caños que manaban del pilar de la bola. El agua rebosaba por entre mis dedos, mojaba los puños de la camisa y corría brazo abajo (o arriba según se mire) buscando el codo y la axila, generando una sensación de escalofrío que desaparecía apenas se sacudía un poco el brazo. Me encantaba colocar palitos, pajitas o corchos en el caño para verlos navegar por el canalillo que acababa desembocando en el pilón redondo, que entonces me parecía enorme. A veces, para colocar los objetos lo más cerca posible de la corriente, dada mi pequeña estatura, me tenía que tender sobre las piedras que conforman el piloncillo pequeño dejando que el agua empapara mi barriga. En verano la sensación era gratificante y placentera, pero en invierno llevaba acarreada la reprimenda materna, al ver que la única ropa disponible para ir a la mañana siguiente al colegio habría de secarse a marchas forzadas en el brasero de picón.

Era aquella una época que sin ser ya de pobreza extrema como la de la posguerra recién vivida por nuestros padres, todavía se le parecía mucho. La vida de las familias de los jornaleros y de los trabajadores en general presentaba tales carencias que una simple gripe trastocaba los planes de toda una familia, por las atenciones que requería y

para las que no había recursos. Era una época en la que los parches de tela en los codos de los jerseys y en las rodillas de los pantalones no respondían a los criterios de la moda del momento sino a los de la necesidad de aprovechamiento hasta el máximo de las prendas de vestir y del calzado, porque también eran habituales las puntas remendadas o las suelas repuestas por alguno de los zapateros que entonces trabajaban en el pueblo. En aquellos años era habitual también entre los chavales adolescentes lucir pantalones con la línea del anterior dobladillo, adornando la parte inferior de los pernils, como una marca inequívoca del crecimiento experimentado en los últimos meses.

Eran tiempos de falta de casi todo... Eran momentos en los que la convivencia fraterna entre vecinos compensaba el desequilibrio emocional que la penuria económica traía consigo. Todavía se mantenía fresco en la memoria de los mayores el recuerdo de los que se fueron o desaparecieron en la guerra y ya empezaba a echarse de menos a los que se iban, maleta al hombro, al éxodo de la emigración. Algunos se quedaban en tierras más o menos cercanas, pero igual de inaccesibles para los bolsillos humildes, como Cataluña, Valencia o Madrid; pero otros trasponían más allá de los Pirineos para intentar construir un futuro algo más halagüeño en las siempre envidiadas tierras de Francia, Alemania o Suiza. Atrás quedaban padres, esposas, hijos y amigos de siempre, con los que la comunicación no era fácil. Cartas que tardaban semanas en llegar a su destino con difíciles caligrafías y que intentaban transmitir el esplendor de la nueva vida alcanzada en la tierra de adopción se cruzaban por el camino con misivas llenas de mensajes de ánimo y de tranquilidad porque los que quedaron atrás seguían bien, A Dios Gracias...

Para los que se quedaban, el patio de vecinos, la sombra de la parra, el goteo del cubo del pozo, el aroma de la dama de noche, los geranios, las gitanillas, los jazmines o el azahar constituían el decorado con el que embellecer y aromatizar el gris devenir de la rutina. La tertulia de las siestas o de los atardeceres de costura mientras los niños mataban avispas junto a la pila o el barreño de cinc, en el que se calentaba al sol el agua para el baño vespertino, era el cuadro diario en el que se referían las noticias de los familiares, los noviazgos de los convecinos o las intrigas de la radionovela, casi siempre escuchada en el aparato de radio de algún afortunado inquilino que lo ponía al servicio de la comunidad.

El paso de las estaciones se medía por las horas que se disponía de sol y la fuerza con que sus rayos calentaban las blancas paredes de cal, además de por las campañas de trabajo que ofrecía el campo. Eran tiempos de aceituna y frío o de remolacha, algodón y calor. Dos épocas, solo dos, salpicadas por momentos puntuales de presuntas fiestas. La Candelaria, el Carnaval, la Semana Santa, la Feria, el Corpus, Santiago, los Toros o la Virgen, los Santos, la Navidad y vuelta a empezar... Un calendario moteado en rojo al que los trabajadores y sus hijos se asomaban casi como espectadores pasivos. No había fondos para dispendios.

La calle y los patios de vecinos, pero sobre todo la calle, era, prácticamente, el único lugar de juego de los chiquillos, al que algunas veces se conseguía incorporar una pelota (los chicos) o una goma (las chicas).

Las noches de primavera y verano eran apacibles, largas y monótonas, pero apacibles, cargadas de conver-

sación, carreras, escondites y canciones de corro o de grupos de muchachas prepúberes que entonaban, mientras contoneaban sus caderas la canción de *la jardinera*, *la cantinerita* o *el señor don gato*. Para los niños, la tierra, que por aquella época alfombraba la mayoría de las calles del pueblo, era el escenario perfecto para los hoyos de las bolas (lo de las canicas nunca se usó por estos contornos) o la lima, en la época en que la lluvia dejaba algo más blando el terreno. Pero también ocupaban horas eternas los juegos de los rompes, que eran las distintas caras de cartón de las cajas de cerillas recortados y que se usaban como moneda de cambio en juegos como la tanga, que no era otra cosa que la suela vieja de algún zapato que se usaba para lanzarla contra la de los adversarios. Otras veces, la recompensa venía en forma de chapas de botellín machacadas. También las chicas tenían sus particulares juegos de mesa, en los que los cromos constituían el botón principal a conquistar. El juego consistía en intentar darle la vuelta a la minúscula estampa al golpearla con la mano hueca.

Entre los juegos más habituales de aquellas tardes de infancia hay uno que a mí me parece simbolizar el sentido de rudimento con el que antes nos desenvolvíamos en las calles en las que me crié. Me refiero al *boli toca*, el más simple y arcaico de los juguetes que jamás haya manejado. Ni siquiera las espadas de madera están a su nivel. El *boli toca* era un juego compuesto por dos palos. Solo eso. El primero de unos 40 o 50 centímetros de largo, y el otro más pequeño, de una cuarta más o menos, afilado, a navaja, en sus dos puntas. El juego consistía en formar dos grupos que competían por hacer llegar el boli, la pieza más chica, lo más lejos posible al ser golpeado con la estaca larga. Para golpearlo había que colocar previamen-

te el palo pequeño sobre una piedra de forma que hiciera palanca, para que con un primer impacto sobre la punta levantada, se elevara por el aire, momento que se aprovechaba para darle el garrotazo lo más fuerte posible para lanzarlo contra el equipo contrario. Si éste lo cogía en el aire cambiaba el turno de la tirada. Si no, se agotaban los tres tiros. Como es lógico, el juego tenía algunas normas más, que ahora sería un poco árido reproducir.

Eran, todos estos, juegos donde la destreza, la imaginación y el encuentro eran fundamentales. El grupo, la pandilla, los vecinos, los hermanos y los primos eran imprescindibles para que la tarde o la noche se hiciera más llevadera.

La verdad es que, aunque son muchos los recuerdos que se mantienen frescos en la memoria, no es tarea fácil plasmarlos con un sentido coherente sobre el papel. Por varios motivos. El primero porque el tiempo y la mente han ido tamizando a su antojo aquello que más les ha interesado proteger y mantener en el archivo permanente; segundo, porque ese mismo tiempo ha ido cubriendo de un delicado velo cada una de las escenas, cada emoción, cada vivencia, cada secuencia, a veces para embellecerla más con la voluntad de hacerlas imperecederas por su gratificante secuela, que por su beldad real en el momento de su vivencia. En otros casos, por el contrario, para limar aquellas aristas que impedirían que el recuerdo las mantuviera vivas sin encender la llama del desagrado. Otro factor que hace difícil esta narración es el recuerdo mismo, desde el punto de vista cronológico. Las imágenes brotan, reverberan, eclosionan desordenadamente, sin rigor, sin criterio y en muchas ocasiones, casi sin sentido.



ENTRE LA CANDELARIA Y SANTIAGO

A veces, una simple foto rasgada, raída, descolorida, sirve para que la mente se nos escape del raciocinio del momento y se nos pierda entre los arcos de los jardines del Paseo, entre sus celindas, sus palmeras y sus naranjos y se detenga junto al viejo caballo que Moreno el fotógrafo colocaba cada primavera para que los padres guardaran el recuerdo de la feria, una feria en la que el paseo, no tanto el lugar al que todos conocemos en Posadas, sino el significado del sustantivo, tomaban protagonismo. Antaño, y por antaño hablo de la década de los años sesenta y primeros setenta del pasado siglo, la feria se limitaba para gran parte de los malenos a eso, a pasear, disfrutando del excelente clima de las noches de mayo cuando el azahar se encarga de perfumar el Valle del Guadalquivir. Eran ferias austeras, en las que alguna que otra vez se sumaba el obsequio de una cuña de coco o de turrón. Si el año había venido bueno el chiquillo podría disfrutar de algún viaje el carrusel, los caballitos o los barquitos de madera. Después, las cosas fueron cambiando poco a poco y la feria se fue poblando de atracciones y actividades, pero manteniendo aun el ambiente familiar de las celebraciones de pueblo, porque se seguían manteniendo diversiones que hacían que la fiesta igualara a todos los vecinos. El paseo acogía cucañas, carreras de cintas, de sacos, tiro de cuerda... que desde primeras horas de la mañana congregaban a centenares de personas de todas las edades en el albero que precede a la ermita de Jesús. Era una

oportunidad excelente para que los mozos exhibieran su habilidad o su fuerza, según el caso, ante las embelesadas quinceañeras, antes de que el tiempo, ese inefable enemigo de la vida, fuera transformando esa manera de vivir la fiesta en una sucesión de entoldados recintos donde el alcohol, la comida y la estridencia se han erigido en auténticos protagonistas.

De la feria, de cualquiera de ellas, los primeros recuerdos de los que tengo constancia se remontan a mi etapa preadolescente, con 13 o 14 años, esa época en la que el corazón parece querer abandonar a cada momento su habitáculo natural y cabalga constantemente en busca de una salida, de un desahogo, de la utopía de la libertad...

Sí quedan, sin embargo, resquicios en mi memoria algo más remotos de otras celebraciones como la Candelaria o el Corpus. Sobre todo de la primera, porque esa sí que era una celebración auténticamente popular, participativa, fraterna y, sobre todo, barata.

En todas las zonas del pueblo los chavales se organizaban para hacer batidas por los olivares cercanos, recién talados una vez concluida la campaña de recogida de la aceituna, para arrastrar y acarrear las ramas hasta la plaza que le correspondía. Todos rivalizaban por tener el montón más grande de leña y se entablaban auténticas batallas campales para proteger su fortín. Se organizaban grupos de vigilancia, de incursiones en los grupos rivales, de búsqueda de nuevos yacimientos de leña... Y luego, el día de la quema, la noche del 1 de febrero, todo se olvidaba y los vecinos de una candela se fundían con los de la otra en los bailes y juegos callejeros que se prolongaban hasta la madrugada. Entre estos juegos, el correcales de

La flor de romero se llevaba la palma en cuanto a la participación de danzantes de todas las edades.

De otras celebraciones me quedan también imágenes desordenadas, pero tan presentes que basta un leve parpadeo para hacerlas visibles. Se trata de momentos cargados de estímulos para los sentidos, la vista, el olfato o el oído más que por el significado que tenían, que casi siempre era religioso, un aspecto de la vida al que, desde el respeto, nunca me sentí demasiado próximo.

Uno de esos momentos era el día del Corpus. La sensación que experimentaba al caminar sobre la alfombra de juncias daba la impresión de estar levitando sobre el suelo verde; el levísimo crujido de los juncos al abrirse en el momento de ser pisados; el olor a primavera, el frescor que desprendían las calles y, sobre todo, el color: el verde del tapiz vegetal que cubría el recorrido de la procesión, los policromados altares que se exhibían en las fachadas de las casas, las banderas, colchas y estandartes que colgaban de los balcones... Era un impacto visual de tal calibre que era incapaz de escapar a la mirada de un niño ávido de descubrir el mundo que le rodea. Ahora, con la distancia que dan los años y el intangible tul que extienden el tiempo y la experiencia, me da por pensar si tanto reclamo cromático no sería premeditado para atraer la atención de los más ingenuos desafectos a tales liturgias. Sea como fuere, son secuencias que quedarán para siempre en el extraño cofre de la memoria para dejarlas salir, como si del aroma de un viejo y valioso perfume se tratara, en momentos de flaqueza anímica.

Parecidos impactos sensoriales suponían determinados momentos de la Semana Santa, tanto en sus

preámbulos como en sus momentos de exhibición pública. La solemnidad de las comitivas, la intriga de adivinar quién se escondía detrás de cada antifaz, la reverberación de la hilera de cirios moteando de incandescentes jalones la oscuridad de la noche y los golpes secos del llamador, seguidos del bisbiseo casi sordo del caminar de los costaleros y, entre todo ello, el escalofrío que recorre la médula cuando la voz del saetero atraviesa el aire del amanecer buscando la gloria, por medio de la plegaria cantada. A esas horas el frío ya se ha apoderado de los huesos a fuerza de horas de vigilia al raso, que en cada esquina, en cada acera, en cada portal se va apoderando del cuerpo mientras se espera la llegada de la comitiva procesional. Solo un junco de jeringos matutinos será capaz de devolver parte de la compostura perdida durante el largo caminar nocturno. El resto lo hará el descanso reparador entre unas sábanas que en la mañana del Viernes Santo parecen ser más acogedoras que nunca.

Pero además de esas celebraciones generales había otra que era un tanto especial, no porque tuviera más importancia o enjundia que las demás, que no la tenía, sino por ser la fiesta más cercana, la que se podía decir que era exclusiva de aquel barrio, de aquella zona del pueblo, de los alrededores de la Fuente. Esa celebración no era otra que la verbena de Santiago, una fiesta que llegó a tener entre los malenos la consideración de la tercera feria del pueblo y que hacía de la zona de la Fuente, de la calle Triana y la calle Santiago el punto de encuentro de todo el pueblo en los últimos días del mes de julio. Para la ocasión se engalanaba la calle con farolillos y banderolas de la insignia de la Orden de Santiago (blancas con la espada roja en el centro) y se colocaban atracciones, sobre todo tiovivos y barquitos de madera, en las aceras, en el llanete

y la zona baja de la Fuente, en el terrizo que extendía entre los dos surtidores.

Venían puestos de turrón y se montaban cantinas en las proximidades de la ermita, de la que además, en alguna ocasión, se sacaba el santo en procesión (de esto, si he de ser sincero, tengo remotos recuerdos). Hasta tal punto era importante la fiesta de Santiago que hasta se procedía anualmente a elegir a la miss de la feria, que después pasó a ser verbena, más tarde *velá* y hoy en día ni se sabe...

Eran aquellos días, para los niños que vivíamos por allí, un acontecimiento en sí mismo todo lo que ocurría, los prolegómenos, con sus preparativos, la llegada de los feriantes y turroneiros, casi siempre los mismos en los mismos lugares, el entramado de tablas, hierros, herramientas, y ver cómo se iba levantando de un montón de aparente desorden la atracción en la que por la tarde, con un poco de suerte, podríamos disfrutar, al menos una vez. Era, sin lugar a dudas, el momento más esperado del verano.

Pero hasta que llegaba esa fecha, el devenir de los días, sobre todo en invierno, mostraba una marcha monótona y cansina que sólo con la llegada de la primavera parecía desperezarse, alertando al espíritu de que el clima cambiaba y los ánimos también. Por eso, en primavera se organizaban y acometían algunas actividades que tenían una mayor proyección de cara al exterior, a los demás vecinos. Esos meses constituyen quizás la etapa del año más evocadora de recuerdos, quizás porque la bondad, la moderación del clima es más propicia para la vida en el patio y en la calle, es un periodo solo igualado por las largas noches estivales, las de antes, aquellas en las que

por las aceras solo discurría, el día que se movía, el aire que entraba desde el río o desde la sierra. Ahora, por el contrario, las aceras, esas mismas aceras, esas calles que antes servían para pasear al fresco, hoy son ocupadas por vehículos que transmiten calor y roban espacio. Y de las fachadas, antes blancas, desiguales sí, pero impolutas, ahora sobresalen armatostes que exhalan bocanadas de fuego en forma de aire insano y pegajoso.

En aquellas primaveras a nadie le molestaba escuchar de lejos, o de cerca, en el paseo, los sones de las cornetas y los tambores que chavales completamente ajenos a la actividad cultural, a los libros, a los pupitres y las corcheas eran capaces de amoldar a fuerza de tesón y pulmones, para después lucirse con su traje de soldadito, como un atractivo más de las procesiones malenas.

Los soldaditos eran todo un emblema de la Semana Santa y sus desfiles y en cuantos acontecimientos requerían de un acompañamiento musical por las calles de Posadas, junto con la Orquesta (o el conjunto, como había quien también decía) Siles, que aportaba con su presencia un nivel mucho más documentado, academicista, variado y riguroso a la celebración. No en vano fue el grupo musical que durante décadas amenizó las fiestas y bailes que se organizaban en la localidad.

CAL Y CARACOLES

Era primavera, unas primaveras sin cambio de tendencia en los vestuarios, ni en la música, ni en las dietas, ni en las costumbres. Y entre ellas, figuraba con gran peso en los calendarios de las casas de vecinos, grabado con especial significado, el día del blanqueo. La casa, la fachada, las paredes interiores y el patio deberían lucir su mejor semblante de cara a las fiestas que se aproximaban, la feria sobre todo. Aunque los inquilinos después no tuvieran la oportunidad, ni los recursos, para subir a disfrutarla, la casa debía estar a la altura.

La jornada del blanqueo de la casa, desde la perspectiva de un niño de corta edad, se vivía como un auténtico acontecimiento. Casi desde el amanecer, todas las mujeres de la casa, en las que vivían varias familias en cámaras que rodeaban el patio, empezaban el trasiego preparando trapos, cubos, escobillas, brochas y cañas para colocarlas, agua y todo lo necesario para acometer la faena con la intención de terminar antes de que el sol se dejara caer con toda su inclemencia sobre sus espaldas. Repartían las funciones y, acostumbradas a trabajar en enormes cuadrillas en el campo, organizaban perfectamente la actividad. Unas se encargaban de los vuelos y de las zonas altas, otras de las bajas, otras de los perfiles, otras de quitar las gotas y así hasta tener cubiertos todos los frentes. Y todo con un ojo puesto en los niños que correteaban, entrando y saliendo por entre los trapos y

los cubos llenos de cal, dejando sus blancas huellas por toda la vivienda. Pero la jornada del blanqueo tenía un preámbulo, una víspera, un proceso que requería de unas manos expertas para que concluyera con éxito. Era el del apagado de la cal. En el calerín próximo se compraban las piedras de cal viva que después había que apagar en un barreño, en una orza o en una pila vieja, sumergiéndolas en agua y, con cuidado, esmero, paciencia y, sobre todo, con habilidad y precaución, había que ir agitándola, moviéndola, hasta que se deshacía quedando óptima para su uso en los días posteriores.

El blanqueo de la casa de vecinos solía durar varios días si la casa era grande, porque primero se acometía la fachada y luego se continuaba con los interiores comunes y más tarde el patio. Era un trabajo que contribuía a fomentar el encuentro y la conversación y a compartir, en los momentos de descanso, un café de pucherillo elaborado casi siempre por la vecina de mayor edad con el beneplácito de las demás, con la intención de liberarla del duro trabajo de la escobilla y la brocha.

Pero no era esa la única labor que se acometía de manera cooperativa en aquellas concurridas, o más bien superpobladas, viviendas colectivas, llamadas casas de vecinos. Se compartía la custodia de los niños y de los mayores, el riego de las macetas y en no pocas ocasiones hasta algún que otro guiso. Entre estas actividades, y precisamente relacionada con la cocina y con las costumbres y gustos ancestrales, había otra a la que también se sumaban los más pequeños, que vivían la experiencia como una auténtica aventura, por la algarabía que para ellos llevaba acarreada. Se trata del día en que se preparaba el guiso de caracoles, la caracolada. Era una más de las

acciones en las que tomaban parte todos los miembros de la comunidad menos, como siempre, las personas de mayor edad. La jornada, como de costumbre, se iniciaba poco después del amanecer, cuando los primeros rayos de sol asoman por detrás de las almenas del castillo de Almodóvar.

Entonces, todas las familias enfilaban el camino hacia el río, pasando el puente y entrando, como el auténtico equipo de trabajo que componían, por la orilla del Guadalquivir. Una vez allí, se repartían por el tarajal que se extiende junto al lecho del río, donde los caracoles han abundado desde siempre, e iniciaban la recolecta. La faena culminaba antes de que el sol impusiera su inmisericorde presencia y cuando cada uno de los participantes hubiera llenado su cubo, su saco o su talega lo máximo posible. Después se imponía el regreso y la preparación, que no podía ser inmediata, sino que requería de un meticuloso procedimiento que no se podía pasar por alto. Lo primero que se hacía era someter a los caracoles a un riguroso ayuno durante varios días en algún cajón o recipiente cerrado para posibilitar que el molusco evacuará y se limpiara de todas las impurezas que pudiera llevar en su interior, como consecuencia de su agreste alimentación. Después, solo después de conseguido ese propósito, se podía empezar la preparación, para lo cual el primer paso imprescindible era el lavado. Un lavado que se llevaba a cabo a base de agua y sal, mucha sal y mucho agua, sobre todo. Y paciencia, como siempre, una enorme paciencia para dar vueltas y más vueltas y cambios de agua, hasta que la mano experta de alguna de las vecinas consideraba que ya era el momento idóneo para el cocinado. Se trata de una cocción en la que aunque la receta fundamental era la misma en todas las casas, con la

hierbabuena como ingrediente indispensable, cada casa, cada cocinera le aportaba un punto, un matiz diferenciador que hacía del caldo una auténtica delicia inigualable. La hora de la degustación, el momento de compartir el resultado, solía ser, de nuevo, la caída de la tarde, que como siempre se convertía en una velada de tertulia bajo la parra del patio.

Pero no siempre la tarde de caracoles tenía el preámbulo de la excursión al río, sino que en ocasiones el trabajo se simplificaba y el producto que se consumía procedía del trabajo de alguna paisana, que con una enorme olla colgada del hombro con cuerdas o cargada en un carrillo, los ofrecía de puerta en puerta. La última mujer que yo recuerdo que se dedicaba a la venta ambulante de caracoles era la Frasca, una señora menuda de moño blanco e indumentaria negra, con voz aguda e ingeniosas ocurrencias, que vivía en la calle Santiago, pocos metros más arriba de la Fuente, otra vez la Fuente, de la que con toda seguridad tomaría el agua para lavar y preparar el guiso que después le servía de sustento económico a su familia.

En aquellas tardes de costura, tertulia y radio en el patio, entraban y salían personajes como si compusieran el elenco de una obra costumbrista que permaneciera perpetuamente en cartel. Desde el vendedor de piñones y altramuces hasta el afilador, que dejaba que su rudimentaria melodía extraída de un agudo y monótono chiflo se enredara por entre las hojas de las *pilistras*, los helechos o los filodendros de los patios hasta llegar a los oídos de las amas de casa que acudían, si su marido no los había afilado antes con la piedra de asperón, con sus cuchillos domésticos o sus tijeras para que a golpe de pedal recu-

peraran el corte limpio y certero que habían perdido a fuerza de su uso.

Otras veces, el sonido que llegaba desde la calle era distinto y, aunque algo desacompañado, también mantenía cierto ritmo, cierta armonía. Era una especie de taconeo colectivo aderezado con algún acorde metálico un tanto sordo. Se trataba de la singular melodía que acompañaba al arriero que regresaba con su recua de borricos después de una larga jornada de portes de arena desde el río. Un soniquete al que de vez en cuando se incorporaba algún canturreo flamenco del propietario de los jumentos. En la zona alta de la calle Sevilla tuvo durante bastante tiempo Manuel Hidalgo una vivienda con un espacioso corral en el que guardaba los animales con los que se buscaba el sustento familiar como arriero, faena a la que se incorporó su hijo Manolo durante algún tiempo y que, como casi todo lo que aquí se viene relatando, acabó desapareciendo por mor de la evolución y la mejora de las condiciones de vida.

Más remotas y difusas quedan en mi memoria las imágenes del paso de las piaras de vacas por la calle, camino de fincas cercanas al río donde pastar. El estrépito de su tránsito y el peligro que suponía interponerse en su recorrido obligaba a los mayores a tomar todas las precauciones posibles para evitar que ningún chiquillo anduviera por la calle mientras el ganado pasaba escoltado por los vaqueros y jinetes, quienes con sus garrochas marcaban la senda y evitaban que ninguna de las reses se saliera del itinerario previsto.



TARDES DE CALOR, DITERO Y PATIO

Y, una vez al mes (o a la semana), también se dejaba caer por el patio, libreta en mano, el ditero, un hombre ya casi de la familia que intentaba a fuerza de pacientes visitas ir cobrando en pequeñas entregas la prenda, la joya o el pedido que meses antes había conseguido vender. El recibimiento que dispensaban las clientas deudoras casi siempre era el mismo. Le recordaban que había llegado en mal momento para cobrar, para lo que le sugerían regresar en unos días, a ver si la próxima vez había más suerte. Pero para compensar el infortunio no eran pocas las veces que acababan por invitarle a compartir con los vecinos el café. Aún así, poco a poco, el paciente cobrador conseguía ir apuntando en pequeñas cifras las entregas a cuenta que, tarde o temprano, acababa por recibir. Si algo en aquellos difíciles momentos se tenía claro era la integridad de las personas a las que proveía de productos y que, tardaran más o tardaran menos, todos acababan religiosamente pagando.

A lo largo de esta exposición de imágenes de mi pasado está surgiendo una serie de iconos que persistentemente se hacen presentes. Son lugares en torno a los cuales giraba el devenir diario de las personas que me rodeaban. Entre ellos destacan el patio y la calle. No había más. El patio era el punto de confluencia de trayectorias vitales similares por el entorno y las circunstancias sociales circundantes, pero distintas porque cada una de ellas